



EN el Parque Zoológico, toda la fauna siente la rebelión, y los limpiacubiles están un tanto recelosos.

Ahora la acometida ha sido de los ciervos, y después vendrán los gamos y hasta las tórtolas llegarán á picar con fiereza á los que entran en su jaula á recoger ese plumaje del que es inverosímil que se desprendan todos los días.

En la hora pacífica del Jardín Zoológico no se comprende esta rebelión de las fieras, que debían estar encantadas de no tener que pagar la entrada en el Parque todos los días, y de verse convertidas en artistas de *variétés* en el programa de gran expectación de todas las tardes.

¿Será la ofensa de las fieras porque no tienen periódicos? ¿Estarán indignadas porque no les dan vino en las comidas? ¿Es posible que lo que deseen sean unos auriculares para poder oír la radio?

¡Pero los ciervos! En los ciervos es posible que se haya encabritado una rebelión antigua, quizá por causa de las referencias de ensañadas cacerías que han recibido en las antenas de sus cornamentas, donde cada pitón y cada hita y cada candil tienen especial misión de alerta.

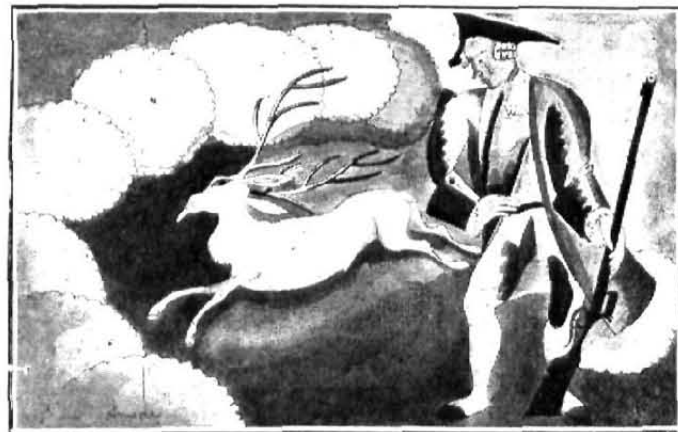
El ciervo es pacífico, porque ha sido gran lector de novelas senti-

guerra un hachero de walones, que también fué acometido por el ciervo, aunque esta vez pudo más el hachero, que agarró de los cuernos al ciervo blanco, hasta que, dando tres bramidos, cayó muerto.

Como aquel ciervo blanco, estos ciervos de muy lejos han debido sentir el paroxismo de la nostalgia y han acometido á sus guardianes.

Avizores, con los grandes ojos fijos en el más allá del más allá, han acometido á sus pastores con las arboledas de sus cuernos, siendo tanto palo como pinchazo el que les han propinado con sus cornamentas.

En sus rediles de alambre, los ciervos parecen orgullosos animales que sólo se cuidan de atalayar lo que sucede en lo remoto desde las al-



menas de su ser. Escuchan la filtración, á través de bosques y ciudades, de las trompetas y trompas de caza.

Siempre recordarán ese mártir de su especie, verdadero precursor que no pudo redimirles, y que pasó el ancho río á nado para encontrar la muerte á la otra orilla, cuando, después de desjarretarle los perros, el puñal del montero buscó la cruz de su nuca para clavárselo en el centro de su vida y hacerle morir de un golpe.

Antiguo resquemor con los humanos, un último eco en sus nervios de los escopetazos disparados en lo perdido del monte, el recuerdo del cuchillo flameante del montero, todo eso ha debido influir en esa fiereza inesperada de los ciervos, distraídos de lejanías, dulces de perspectivas, en que son como arbolillos de un invierno tenaz.

El Parque, después de esas rebeliones, vuelve á su tranquilidad de máscaras pacíficas. Todos los animales como pensando en otra cosa; todos con aire hipócrita, menos esa leona que tiene dos cachorros y, al sentir en la jaula de al lado á otra hembra, siente el recelo de su envidia y, aunque está separada de ella por dobles barrotes, teme que quiera apoderarse de sus hijos, á los que, en el sobresalto de su ferocidad, quita sin aviso del sueño infantil del lactar y lactar sin tregua.

mentales en el asueto azuloso de la selva, y porque es romántico por naturaleza y ha figurado en numerosos grabados en madera y en cuadros de mucho corazón melodramático.

En la Huerta del Venado, situada en las proximidades de la Granja, sucedió en tiempos de Carlos III que apareció un venado blanco, como nunca se vió por aquellos contornos, y que se supuso legado desde Alemania.

Carlos III lo mandó poner un collarín de seda; pero una noche mató al guardián que le había puesto el rey, ordenando el rey entonces que fuese encerrado en redil de tapiales y tuviese como guardia de